

Véase cómo, mientras Santa Ana se inmovilizaba torpemente en una defensiva pasiva absoluta, exasperando sus tropas con la inquietud y angustia del futuro combate contra un enemigo que ha vencido siempre; el general Scott, por el contrario, obra con actividad, no pierde tiempo, observa y tantea á su adversario para saber dónde está más débil, y allí pegarle. Sus exploradores y sus ingenieros le dicen que rodeando las posiciones mexicanas de la izquierda, — lo que es factible, — se le puede sorprender por la espalda, tanto más cuanto que el cerro del Telégrafo que domina dicha izquierda, apenas está ocupado por un batallón y una batería, y que el cerro de Altalaya que se liga con éste, está abandonado, convidando á los americanos á ocuparlo para apoyar su fácil movimiento envolvente. ¡ Hé aquí que, de antemano estaba ya perdido el ejército de nuestra patria, entregado al Invasor por la fatal impericia del general Santa Ana!



## XIII

## BATALLA DE CERRO GORDO

Durante la noche del 17, vispera de la batalla, el general Santa Ana ordenó que se reforzara el cerro del Telégrafo, haciendo subir á la cima dos piezas de á 12 y una de 16; pero esta última no llegó sino hasta media falda, mandando á los jefes de ingenieros que concluyeran á toda prisa las fortificaciones más urgentes y más propias para la defensa de la posición.

¡ Muy tarde abría los ojos á la realidad el ofuscado y orgulloso jefe! Si desde un principio hubiese atendido las justas observaciones que le hizo el teniente coronel Robles, acerca de la conveniencia de fortificar poderosamente la izquierda, por donde podría ser envuelto el ejército, no hubiera sido tan fácil la Victoria al enemigo. La llave de la posición era indudablemente el cerro del Telégrafo. Tomado éste, las columnas americanas dominarían todo nuestro centro, el camino y las reservas, facilitando la marcha de la fuerza envolvente que iría á caer, sin dificultad, á nuestra retaguardia, cerrando el camino de Jalapa, cerrando al ejército la retirada y sitiando las altas posiciones de la derecha

donde tanto lujo de atrincheramientos y tropas se había desplegado, sin necesidad. En el croquis adjunto se advierte claramente el plan sencillo del general Scott, quien aunque tenía por seguro el triunfo, nunca lo juzgó tan fácil. ¿Cómo creer que su adversario le había de entregar con tan escasa resistencia el cerro del Telégrafo, centro decisivo de la batalla!

Insistimos en estas consideraciones para que se comprenda por qué se perdió tan pronto esta memorable jornada, destruyéndose, casi por completo, todo un ejército, sin que hubiese combatido sino una muy pequeña parte, desbandándose el resto que fué despedazado á sable, bayoneta y fuego, sin haber resistido con denuedo, como en la Angostura, Monterrey y Veracruz.

Mientras el general Santa Ana acudía aquella noche á fortalecer su izquierda con un irrisorio trozo de batería, el enemigo se dedicaba activamente á concentrar sus columnas de su derecha y á establecer en el cerro del Atalaya las plataformas necesarias para sus piezas de grueso calibre, bomberos y obuses, aparte de los cañones de montaña, instalados desde en la tarde. Otras piezas de artillería situáronse audazmente en puntos avanzados hacia la batería de nuestra derecha.

Poco antes del amanecer nuestro general en jefe, acaso con el tardío presentimiento de ser aniquilado por aquella fatal izquierda que él creyó *impracticable aun para conejos*, hizo colocar por sí mismo una batería de 5 pequeños cañones sobre un montículo, á la orilla del camino, á retaguardia y paralelamente al cerro del Telégrafo, enviando para sostenerla al 11º batallón.

Á lo largo del camino permaneció tendida la caballería, al mando del general Canalizo, quedando también en reserva los batallones 3º y 4º Ligeros. Hizo subir al Telégrafo el 4º de Línea y 1º y 2º Ligeros. El resto de las tropas continuaría, como antes, en las posiciones de la derecha.

Al romper la alborada, la fuerte batería americana del Atalaya saludó con sus fuegos el cerro del Telégrafo que contestó al instante, dando principio la batalla. Entonces la columna de la izquierda enemiga al mando del general Pillow, fraccionándose en dos secciones paralelas, empezó á moverse cerca del camino de Plan del Río á Cerro Gordo, sobre nuestra extrema derecha, apoyada por suficiente reserva y los fuegos de la batería americana instalada la noche anterior.

El adversario, después de algunos instantes de nutrido fuego de bombas, granadas, bala rasa y cohetes á la Congreve con que estuvo batiendo el Telégrafo, lanzó sus primeras columnas de ataque sobre este punto, en tanto que otras columnas, al mando del general Shields, compuestas de la 3ª brigada de Voluntarios, fué á rodear tras del Atalaya y tras las vertientes de la izquierda del mismo cerro del Telégrafo, atravesando bosques y escabrosos barrancos, con el objeto de ir á caer á nuestra retaguardia por el camino de Jalapa, para envolver las posiciones y cortar la retirada del ejército mexicano.

El empuje principal del americano, fué el de su centro, dirigido por el mismo Scott, desde la base del Atalaya contra su gran objetivo, — el cerro del Telégrafo, — completando el éxito de este golpe á fondo, el movimiento envolvente de las columnas de la derecha, habiendo engañado y distraído la atención

de nuestras fuerzas con el ataque de las de su izquierda contra las posiciones de la derecha mexicana.

Al principiar los fuegos de artillería en el Telégrafo, Santa Ana que se hallaba en el centro, cerca del camino, permaneció unos instantes á la expectativa, y habiendo oído poco después el estampido del cañón á su derecha, volvió á su primitiva creencia de ser atacado principalmente por aquel extremo, así es que se dirigió á él para apoyar el combate, y como escuchara más y más vivo el cañoneo en el cerro del Telégrafo, mandó decir al general Vázquez que no desperdiciara el parque y abrigase á la tropa del fuego enemigo. Pronto hubo de convencerse de que todo el esfuerzo de su adversario se concentraba contra el Telégrafo, sobre cuya falda avanzaban á la carga las columnas americanas, sustituyéndose al estruendo de la artillería el graneado de la fusilería, lo que anunciaba la proximidad de los combatientes. Entonces Santa Ana volvió, á galope, á la izquierda, mandando subir al cerro á sostener la lucha, los batallones 3º y 4º Ligeros que habían quedado como reserva.

Encarnizada y terrible estallaba la refriega por la falda anterior del cerro. Los americanos avanzaban protegidos por la misma espesura del monte, entre cuyas asperezas y zarzales se ocultaban perfectamente. La nube de tiradores que sus columnas destacaban al frente, hacía un fuego seguro cuando llegaba á los grandes claros, á través de los cuales enviaba la muerte á nuestros soldados que contestaban con sus descargas de fusilería, lanzando gritos de guerra y ¡vivas! á la patria. Apenas los enemigos aparecían á pecho descubierto para avanzar en el ataque, cuando rodaban, cadáveres, sobre el campo; más nunca se aclaraban sus

filas, pues los que caían eran reemplazados al punto por otros, y otros, que parecía vomitar la selva y los peñascales, entre el humo espeso de la pólvora y del incendio de la arboleda y del zarzal, humo fatídico cuyo olor acre excitaba con una embriaguez de cólera, odio y muerte, rasgado á intervalos por los súbitos relámpagos de los rifles y fusiles....

Acribillado de balas cayó el coronel Palacios, comandante de la artillería, y poco después, entre una ráfaga de fuego expiraba el general Vázquez al lado de otros valientes soldados y oficiales que ensangrentaban el campo. ¡Todos morían victoreando á México!...

Scott á su vez veía rodar á sus bravos Rifleros heridos por nuestra metralla; pero el grueso de sus columnas empujaba la destrozada vanguardia, que pronto llegó hasta los parapetos, donde los oficiales beligerantes se lanzaron pistoletazos á quema ropa, y los soldados cruzaron sus bayonetas, entre un espantoso griterío....

¡Y fué imposible resistir al poderoso empuje del asaltante! Los nuestros cedieron, arrollados, ocupando el enemigo la cima, de donde, como un torrente, como una cascada humana se despeñaban por la vertiente opuesta del cerro los soldados mexicanos, ametrallados por sus mismos cañones, que el adversario había vuelto contra ellos!

Momentos antes el general Santa Ana, frenético y desesperado, enviaba cuantas fuerzas había á su alcance para sostener la resistencia, comprendiendo cuando ya no había remedio, que la pérdida del cerro era el aniquilamiento del ejército y el triunfo del enemigo. En vano él y sus oficiales intentaron hacer volver á la lucha á los que principiaron á cejar; en vano el 3º ligero que había permanecido de reserva

tras la cima, fué llevado al combate : ya el enemigo era dueño de aquélla, y volteando nuestras piezas barria et resto de los primeros batallones que tan bravamente habían combatido!

Una de las columnas de la izquierda enemiga en el cerro había ido á impedir que nuevos cuerpos mexicanos reanudaran la pelea, disputándose otra vez la posición, mas cuando se vió flotar en lo alto del monte la bandera norteamericana, aquellos cuerpos dieron media vuelta.

Otra columna contraria, en su extrema derecha fué á rodear la falda del Telégrafo, subiendo por la vertiente occidental, casi á espaldas de los parapetos, y después de batirse con algunas compañías nuestras que la habían hecho detener algún tiempo, fué á desembocar en lo alto, en el instante en que el cerro era tomado por el frente, y cuando unos sargentos americanos arrancaban del asta nuestra bandera, reemplazándola por la suya.

Ocupada la cima, los asaltantes con sus cañones y los nuestros, colocados en puntos que dominaban el camino, batieron á la masa de tropas que se aglomeraba en él y sus costados, enviando granadas y cohetes, en tanto que la infantería de su reserva hacía fuego con sus rifles. ¡ Desde aquel momento la batalla estaba perdida!

De muy diverso aspecto fué el combate en nuestra extrema derecha : en esa parte de la línea puede decirse que triunfamos. La fuerza enemiga que marchó al asalto de nuestras baterías fué rechazada con grandes pérdidas, cuantas veces cargó, teniendo al fin que retirarse lejos de los fuegos de la artillería mexi-

cana ; mas como había orden del general Scott de no empeñar un ataque á fondo, sino simples demostraciones para engañar á los nuestros y distraer sus fuerzas, mientras se les abrumaba en el Telégrafo, se mantuvo el jefe de las columnas rechazadas á la expectativa, frente á nuestras baterías.

Parte de las fuerzas vencedoras en el Telégrafo descendieron por la derecha con el objeto de apoderarse de la batería de 5 cañones que Santa Ana mismo había instalado en una altura, á espalda de aquél. El jefe de dicha batería que había hecho fuego algún tiempo, ni siquiera intentó resistir, bien es que se lo impedía el mismo espeso oleaje de fugitivos que llevaba el pánico al resto de las tropas de reserva.

Una inmensa desmoralización se produjo en el ejército mexicano : era que todos, jefes, oficiales y tropa, comprendían súbitamente, con esa intuición de verdad que proporcionan las grandes catástrofes, que todo se había perdido ; que el enemigo desde la cima del Telégrafo era dueño y rey del campo ; que aquel punto debió haberse fortificado poderosamente, y que las tropas amontonadas en el camino y encaramadas en las alturas de la derecha, antes de ser tomadas por la espalda impunemente, debían retirarse por la vía de Jalapa.

Mas he aquí que la columna americana que había hecho un gran rodeo desde el centro de sus posiciones, atravesando los barrancos y desfiladeros, en torno de las vertientes occidentales del Telégrafo, por donde se había practicado camino desde los días anteriores, por el esfuerzo y ciencia de sus ingenieros, como ya lo hemos apuntado, desembocó sobre nuestro flanco izquierdo, amagando toda nuestra retaguardia y yendo

una de sus fracciones á cooperar á la toma de la batería de reserva. La presencia de esa columna que repentinamente aparece á la espalda del ejército, remacha por fin, de un solo golpe, la derrota, cortando nuestra retirada.

Ya ni siquiera hubo el recurso de salvar los cuerpos de reserva y los de la derecha, los que, tomada la batería del camino, tuvieron que capitular, en tanto que la caballería de la extrema retaguardia, imposibilitada para efectuar en aquellos escabrosísimos terrenos cualquier maniobra salvadora, se retiró á escape por el camino de Jalapa.

Para colmo del desastre, acababa de llegar á nuestro campo una brigada compuesta de los batallones Activos y de Guardia Nacional de Puebla, que á marchas forzadas se habían hecho venir por orden de Santa Ana. Esta fuerza entró al espacio de nuestras reservas cuando todo era pánico y desmoralización en las filas mexicanas.

La columna envolvente enemiga, después de apoderarse de la batería del camino, rompió sus fuegos á derecha é izquierda de nuestra retaguardia, tratando de impedir el escape del general Santa Ana, quien, cortado por completo, viendo desde lejos despedazado á balazos su coche y contemplando en poder del enemigo trenes, y bagajes, y carros con dinero que la víspera recibiera para socorro de las tropas (\$ 16,000,00) tuvo que encurvar las cuestas de la derecha, seguido de multitud de jefes y oficiales que en gran confusión y desorden buscaban en la fuga la salvación de sus vidas....

El norteamericano victorioso, excitado por un triunfo relativamente fácil, cañoneaba nuestras masas de fugitivos y los acuchillaba á su sabor, habiendo cerrado

el camino de Jalapa por donde sólo pudo escapar, como ya dijimos, la caballería, sin haber realizado ningún esfuerzo.

Y ya no fué batalla aquello, sino feroz y estúpida carnicería, en que las balas, sables y bayonetas del enemigo hicieron derramar sangre mexicana á torrentes.

Principió la persecución, activa, atroz, implacable. Nuestro general en jefe, naturalmente, fué quien más pronto logró desaparecer del campo, hundiéndose en la profunda barranca de Plan del Río, hasta que remontando los cerros de la margen opuesta, pudo alejarse de toda persecución.

¡ Cuán pronto y qué tristemente había terminado la batalla de Cerro Gordo !

¡ Y qué lúgubres debieron resonar en el alma del general presidente los últimos lejanos y melancólicos estampidos del cañón enemigo, acabando la matanza fácil é impune de las tropas mexicanas, repercutiendo como los postreros golpes de hacha que tajaban al ejército de la bandera tricolor, al ejército al que había enardecido aquel jefe supremo con la proclama en que le decía pomposamente : « *Vamos á lavar la deshonra de Veracruz!* »

El infeliz y menguado Santa Ana, si alguna vergüenza tuvo, no debió haber olvidado nunca los últimos cañonazos de Cerro Gordo !

Innumerables partidas de caballería hicieron una feroz y activa persecución á los fugitivos por diversos rumbos, especialmente por el de Jalapa, por donde destacaron en pos de nuestra caballería secciones de rifles á caballo y baterías ligeras.

Después de vagar prófugo y vergonzante por entre las selvas y quiebras que bajan á la costa oriental, á punto, varias veces, de ser cazado por las avanzadas del Invasor que en verdaderas jaurías lo perseguían, Santa Ana llegó á Orizaba milagrosamente, salvo y libre.

Y allí, reuniendo los innumerables dispersos de Cerro Gordo, — sobre quienes, de paso, descargó su injusta cólera, á duras palabras y aun á latigazos — estableció su Cuartel General, disponiéndose á proseguir la lucha con las fuerzas que aun quedaran después del desastre, unidas á las de Oaxaca y otros puntos, combinando el plan de una nueva campaña.



## XIV

## ANTE LA CAPITAL

*« Nada ofrecía ya seguridades de luchar de un modo apropiado, con el enemigo. El Gobierno y el Congreso contemplaron en toda su desnudez la ineptitud de aquel general de arranques momentáneos, con los que fascinó siempre á la gente impresionable; y en medio de la falta de fe y de esperanza de todos, nadie, no obstante, se atrevía á hablar de negociaciones de Paz. »*

General BERNARDO REYES.

Ante el desastre de Cerro Gordo, la capital de la República, enardecida como siempre por la efervescencia de los odios políticos que la dividían, sintió por fin que la estocada del fuerte enemigo norteamericano le atravesaba el flanco con ímpetu de muerte. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer cuando lo mejor del ejército que Santa Ana había llevado á la batalla estaba aniquilado, salvándose apenas la división de caballería y tales cuales trozos de batallones mal reunidos en torno de Orizaba, Chalchicomula y Puebla?

El Presidente interino, Anaya, hizo esfuerzos prodigi-

gios por verificar la unión de todos los partidos políticos para lograr una resistencia patriótica, defendiendo heroicamente la ciudad de México, pues Santa Ana había tenido que abandonar Puebla, la invicta Puebla que sugestionada por el Clero, abatida por el pánico que le produjo el derrotado ejército mexicano, abrió sus puertas al Invasor.

Sin embargo, tenemos que consignar que, ante la inminencia del peligro, la capital olvidó de repente sus enconos y lides fratricidas, y por fin hubo unión en todos los ciudadanos, comprendiendo, aunque muy tarde, que sólo una absoluta liga de todas las voluntades y energías podía hacer fructífera y gloriosa, digna y épica, la resistencia de la hermosa ciudad ante el poderoso enemigo. Reuniéronse entonces los cuerpos de la Guardia Nacional, en tanto que los principales jefes comenzaban las más esenciales obras de fortificación en torno de la ciudad.

En el interior del Gobierno se multiplicaban los planes de defensa nacional, por la diplomacia y la astucia, ya concertando un golpe de mano sobre la guarnición americana de Puebla, sorprendiéndola instantáneamente en combinación con 3 000 irlandeses que habrían de desertar de las filas del Invasor, pasándose á nuestro campo, volviendo sus armas contra nuestros enemigos; ya optando por la mediación del Cónsul inglés que podía, en la vía diplomática, hacer dar tregua á las hostilidades de los beligerantes, ganándose tiempo para la prosecución de la campaña.

Pero todo fracasó.... Un huracán de catástrofe abatía heroísmos y resistencias, y los pocos esfuerzos que se atrevían á erguirse eran desmoronados por aquel soplo!

Después de Cerro Gordo, el patriotismo de los hijos de la costa oriental hizo brotar innumerables guerrillas de bravos mexicanos que dispersándose por entre los montes, las barrancas, encrucijadas y desfiladeros y en caminos, principiaron á hostilizar los convoyes del enemigo, sorprendiendo sus exploradores y avanzadas, cayendo de súbito sobre sus grandes guardias, atacando en terribles *albazos* sus columnas, incendiando los pastos y los bosques por donde habrían de pasar, y rodándoles enormes rocas y pedruscos por las vertientes á pico; hasta el fondo de las hondonadas por donde trendrían precisamente que desfilas....

Gravísimos fueron los perjuicios que sufrieron los americanos con aquellos golpes que les asestaban las susodichas guerrillas, y más de una vez tuvieron la pérdida de centenares de carros con bagajes arrebatados de pronto por magníficos golpes de mano en que los nuestros, á lanza y machete, dispersaban las escoltas de los ricos trenes, capturando espléndido botín.

Muchas de esas guerrillas de la costa, dispersas en una gran extensión por las regiones de Tamaulipas, Veracruz y Tabasco, pusieron en alarma al ejército de Scott, amenazando seriamente sus comunicaciones y dando lugar á infinidad de combates vivísimos y á trágicas escaramuzas, bien teñidas de roja sangre en los campos y pueblos, donde no escasearon las odiosas represalias!

En la capital de la República, después de la llegada del general Santa Ana con los restos del ejército destrozado en Cerro Gordo, se formó una guarnición de fuerzas heterogéneas con cuerpos veteranos de Línea, Ligeros y Activos y la Guardia Nacional, cuyos sol-

dados manifestaron completa decisión y ánimo robusto para lanzarse al combate, dispuestos á la muerte!

No obstante los inconvenientes, las imposibilidades casi de efectuar algunas obras de fortificación, siquiera las más elementales y ante los puntos más expuestos, principiaron diversos trabajos de defensa, entre las que sobresalió la del Peñón, por donde se creía que el enemigo había de aparecer y comenzar sus ataques.

Mientras se ejecutaban esas obras, se había hecho venir el ejército del Norte que había permanecido en San Luis; dándosele el mando al general Gabriel Valencia, quien había estado separado del servicio activo por orden de Santa Ana, después de las diferencias surgidas entre ambos generales á causa de la protesta del último contra la orden de no hostilizar á los americanos á su paso por Tula de Tamaulipas, en donde, como ya hemos dicho, pudieron haber sido destrozados. ¡Iba á continuar la Odisea magnífica y dolorosa de estos valientes soldados del Norte, encanecidos en las fatigas y en la sangre y el humo de tantos combates!

Los que desde 1836 habían peleado contra los rebeldes texanos y los mismos hijos del entonces agresivo Norte, y después contra las hordas bárbaras de los desiertos fronterizos, los hélicos resistentes que sobrevivían á las catástrofes de Palo Alto, La Resaca, Monterrey y La Angostura, llegarían desde el alto septentrión hasta el Centro y Sur de la República, dejando un reguero de muerte á lo largo de los interminables caminos, para ir á batirse en las últimas batallas por la patria!

El plan del general Santa Ana para la defensa de la

ciudad de México, consistía en dejar aproximarse las columnas enemigas hasta cualquier punto del recinto donde habría de resistirseles al frente, en tanto que la división del Norte, al mando del general Valencia, cargaría de flanco sobre el asaltante, cayendo sobre la retaguardia de éste la caballería mexicana, al mando del general Álvarez.

Al grado en que había llegado la situación de nuestra Plaza Capital, se imponía en efecto aquel plan sencillo y lógico, y que de haber sido dirigido con firmeza y talento, contando con la unidad de todas las tropas, pudo haber dado excelentes resultados, siempre que la línea de fortificaciones en torno de la plaza, se hubiera terminado, aunque fuera provisionalmente.

Las obras del Peñón Viejo, cerca del aislado cerro, pretendían atravesar el camino de Puebla á México, habiéndose desplegado en ellas ingenuamente gran lujo de fortificaciones, en la creencia pueril de que el enemigo habría de atacar precisamente la posición nuestra más fuerte y más reforzada, cuando no había necesidad de pasar ante ella para la toma de la orgullosa capital de la República.

Hacia el Sur se levantaron atrincheramientos por Mexicaltzingo, San Antonio y Convento y puente de Churubusco; al Suroeste los parapetos y cortaduras que cercaban Chapultepec, cuya artillería dominaba también el camino que iba por el Oeste á la garita de San Cosme, la cual se había fortificado, lo mismo que la de Santo Tomás. Hacia el Norte no había ningunas obras de defensa, y apenas se practicaron ligeros atrincheramientos en las garitas de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo.

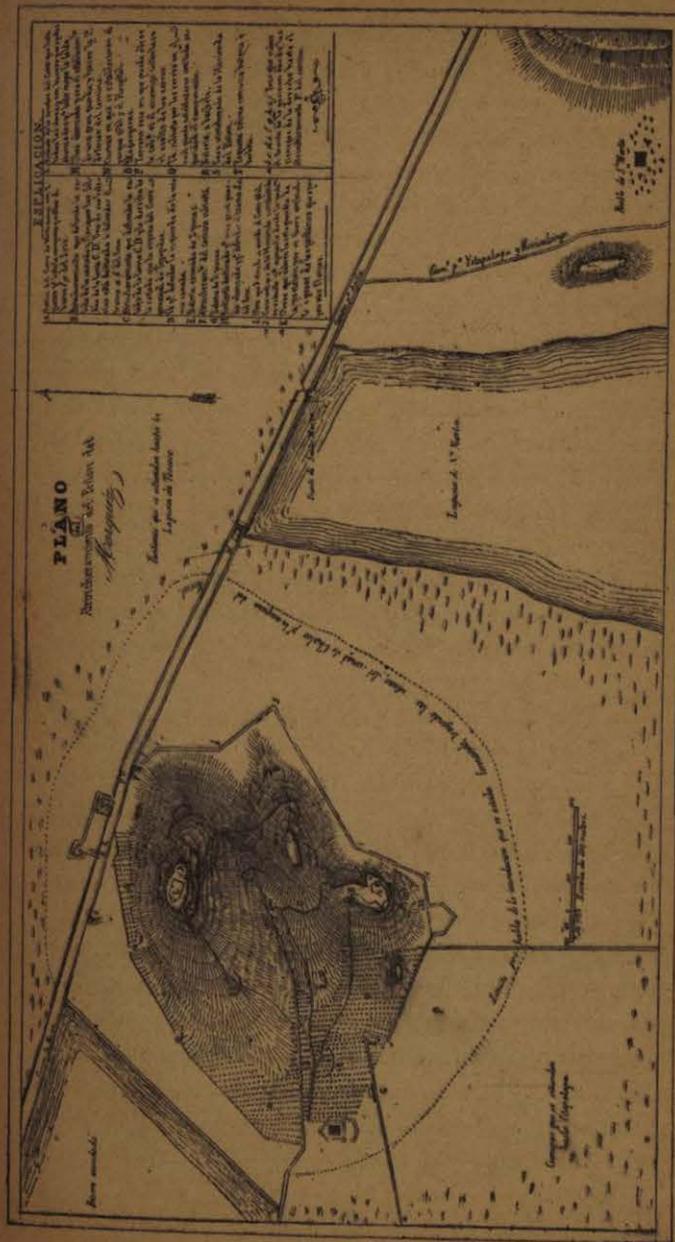
El ejército del Norte, como ya dijimos, encontrábase

en la Villa de Guadalupe, á las órdenes del general Valencia, en espera de moverse, como lo efectuó, hacia Texcoco de donde debía lanzarse sobre el flanco de la columna americana que intentase atacar el Peñón, en tanto que la caballería del general Álvarez cargaba sobre la retaguardia del Ejército enemigo.

Éste, mientras tanto, cada vez más orgulloso con sus triunfos, después de haber permanecido en Puebla algunos días, se puso en marcha contra la capital, y el día 14 aparecen sus avanzadas muy cerca de Texcoco, donde chocan con las de la caballería del general Álvarez, creyéndose que va á ser atacado el Peñón. Muévase entonces el general Valencia, y en un instante su aguerrida división del Norte queda lista para lanzarse al combate. Y sus valientes soldados emprendieron la marcha al paso veloz, cantando, dichosos por ir al triunfo, y á la venganza, y á la gloria de nuestras armas y banderas!...

- ¡ Viva México !
- ¡ Viva la República Mexicana !
- ¡ Viva el ejército del Norte !
- ¡ Viva el general Valencia ! ¡ Viva México !

Así gritaban entusiasmados y frenéticos, deseosos por ir á la lucha los heroicos veteranos que habian combatido tantas veces sin más aliciente que el recuerdo de sus viejos combates... Pero al siguiente día se supo que el general Scott, evadiendo el Peñón, burlando como era natural, todos los aprestos de defensa y todo el acumulamiento de fuerzas mexicanas allí aglomeradas con una infanti ignorancia del arte de la guerra, se había dirigido á su izquierda, rumbo á Chalco, para amagar la ciudad por el Sur y Poniente, haciendo quedar inútiles, contra-



producentes, las obras emprendidas en tan opuestos rumbos.

En vista de estas maniobras, nuestro ejército del Norte cambió de posición, pasando de Texcoco á Guadalupe Hidalgo, de donde sin tomar descanso, siguió á México, atravesó la ciudad sin detenerse, y habiéndose reunido con la caballería que acababa de hostilizar á los americanos cerca del pueblo de Ayotla, llegó á las once de la mañana del día 17, al pintoresco San Ángel.

Innumerables habían sido las fatigas que abrumaran á la digna división del Norte que muchas veces tuvo que dejar abandonado su rancho, sin ver los oficiales y soldados á los seres queridos que estaban por visitarles, para ir del Oriente al Norte, del Norte al Centro y de aquí al Oeste, al bello San Ángel, desde donde creyó Santa Ana destrozar el flanco izquierdo del ejército enemigo cuando cambió la dirección de su ataque contra la Capital.

El ejército del general Scott había marchado desde Puebla rumbo á México el día 7 de Agosto, integrado por cuatro divisiones, en su mayor parte de infantería, con sus baterías respectivas, una brigada de caballería, un batallón de marinos agregado á la 4ª división y de un numeroso y selecto cuerpo de ingenieros. Las tres primeras divisiones eran de tropa regular ó veterana, la última de voluntarios, sumando todo cerca de 12 000 hombres, 30 piezas de artillería, y 600 carros con fuertes caballos y mulas de tiro, amén de innumerable personal de aventureros y comerciantes norteamericanos cosmopolitas que alargaba desmesuradamente su retaguardia, bien escoltada por cierto, por algunos escuadrones de caballería, secciones de infantes voluntarios y piezas ligeras.

El general Scott pulsó muy bien el estado de defensa en que se encontraba la ciudad de México; comprendió que se destacaba al Oriente de ella el aislado cerro del Peñón, poderosamente fortificado en su cima y cuyos alrededores podrian ser fácilmente anegados, levantando las compuertas de lagos y canales próximos: en vista de lo cual cambió su plan de operaciones, rodeando las defensas orientales de la plaza, pasando al Sur de los lagos de Chalco y Xochimilco hasta llegar á Tlalpam, desde cuyo punto intentó lanzar sus columnas sobre San Antonio y San Ángel.

Ya hemos visto que todos estos movimientos se ejecutaron con precisión, hostilizados de cuando en cuando por partidas de nuestra caballería, haciendo cambiar á su vez el plan de resistencia al general Santa Ana.

Los reconocimientos del adversario principiaron activamente, partiendo sus secciones de ingenieros de Tlalpam sobre los puntos avanzados de San Antonio, teniéndose conocimiento entonces de que se desprendía del camino carretero de Tlalpam, otro de herradura que atraviesa por el Pedregal, desembocando en la hacienda de Peña Pobre, cerca de Padierna, en el camino carretero de San Ángel al pueblo de Contreras.

La división del general Valencia que como dijimos, había llegado violentamente á San Ángel, con orden del General Santa Ana de estar á la expectativa de la actitud del enemigo, amagando su flanco izquierdo, se movió decididamente hacia el rancho de Padierna, cuyo punto fué reconocido por el mismo Valencia.

Á partir del día 17, se desarrolló un vergonzoso altercado entre el general presidente y Valencia, en virtud

de órdenes sucesivamente contradictorias del primero al segundo, cosa muy en carácter de aquel cuya personalidad era todo vacilación y atrabancamiento, deshaciendo en un instante lo que se había ejecutado á gran costo. Primero, ordenó Santa Ana que Valencia permaneciera en Padierna, resistiendo al ataque del enemigo : Valencia contestó que estaba convencido de que no habia campo donde poder maniobrar, no teniendo tiempo, por otra parte, de fortificar diversos puntos en los que desembocaban algunas veredas por donde el enemigo podía atacar, opinando por cambiar de posición al amanecer del 18, replegándose hacia Panzacola si estaba fortificado, ó á otro punto donde pudiera maniobrar, si es que no se le enviaba un refuerzo de 2000 hombres para cubrir las puertas de las veredas.

Santa Ana contestó estas indicaciones, ordenando que, no obstante, permaneciera en su posición, previéndole al general Valencia de que cuando avanzara el enemigo se retirase á Tacubaya. Pero al día siguiente le envía otra orden mandándole que avance con todas sus fuerzas hasta Coyoacán, adelantando la artillería á Churubusco, en la creencia de que los americanos avanzarían sobre San Antonio.

Sin embargo, Valencia juzgó con cierta perspicacia que era peligroso abandonar el punto que ocupaba y por donde el enemigo podría dirigirse hacia San Ángel y por eso el general mexicano rehusó abandonar aquella posición que el día anterior habia declarado insostenible. Santa Ana no insiste ya ; halaga su rencor de rivalidad contra el general Valencia, convencido de que será envuelto y hecho pedazos, prometiéndose el envidioso jefe gozar con la derrota de

su compañero de armas á quien no habia de auxiliar en el más apurado trance, aunque con tal auxilio se lograra inflingir sería derrota al ejército invasor y dar un triunfo espléndido y decisivo á la patria, que tanto lo necesitaba.

Así pues, el general Valencia obstinado en defender á todo trance su posición de Padierna, continuó sus reconocimientos, mandando ejecutar las fortificaciones pasajeras más indispensables y más urgentes.

Para mayor inteligencia de la batalla que iba á desarrollarse en los campos de Padierna, y teniendo en cuenta que el creciente progreso del Distrito Federal ha trasformado en gran parte el aspecto y disposición topográfica de aquel paraje, tomamos este croquis literario á una obra de la época, que lo delinea clara y fielmente, refiriéndose á tan terrible tragedia militar :

« Por el S. O. del fértil pueblo de San Ángel, distante de México cosa de tres leguas, hay un camino carretero, amplio y cómodo, que conduce á la fábrica de tejidos de la Magdalena y pueblo de Contreras. Al nacer el camino, y á su izquierda, parte la senda que va al pueblecillo de Tizapán, cubierto de árboles, y á sus orillas Mal-País : á la derecha, en varias direcciones, hay veredas que llevan á algunas posesiones de campo, entre las que se halla el molino del Olivar de los carmelitas; y más el Oeste, esto es, frente al rancho de Anzaldo, se ve por entre un pequeño bosque, blanquear la torre del pueblecito de indios llamado San Gerónimo, rodeado de lomeríos y barrancos desiguales y caprichosos que, dejando á trechos hoyos y planos reducidos, van á tocar la falda de los montes del S. O. del camino, que guía, por

entre malezas y veredas incómodas, á la carrera de Cuernavaca.

Á poco menos de una legua de San Ángel, está Anzaldo, edificio cuadrado, no muy alto ni extenso, cuya huerta toca la derecha del camino. Ascendiendo éste, se desvía al S. E. una pequeña y empinada loma que los naturales llaman Pelón Cuauhtilla, y forma un punto eminente entre el camino, que subiendo, lleva á la Magdalena, y la vereda que abatiéndose al pie de las lomas, hundiéndose en el pedregal, tuerce su giro rumbo al Este y conduce á la Peña Pobre, hacienda de las orillas de Tlalpam. Esta nueva senda está practicada en la lava volcánica del pedregal, la que esparcida en trozos desiguales, hace penoso el tránsito. El Sur de ella lo limitan varios cerros que se encadenan hasta el camino de Cuernavaca, descollando al principio de ellos el de Zacatepec; y al Norte se extiende el pedregal escabrosísimo, que descubre de trecho en trecho, entre ruines arbustos y yerba salvaje, más bien grietas que veredas, por donde más que transitan, trepan y suelen escurrirse los nativos de aquellos lugares. Sobre ese pedregal, después de una hondonada que forman las aguas de la Magdalena, al pie de las lomas de Pelón Cuauhtilla, se levanta el rancho de Padierna, con cuartos humildes, de adobe, y los más de los techos, de tejamanil. Á los alrededores de este cuadro hay sembrados, y de distancia en distancia se descubren las haciendas, las fábricas, mansiones de la industria y del trabajo, embellecidas por una vegetación risueña y nuestro cielo espléndido y magnífico.

Sobre aquellos campos el general Valencia extendió su veterano y bravo ejército del Norte con la intención estratégico-táctica de atacar el flanco izquierdo del

enemigo, si caía éste desprendiéndose de Tlalpam sobre San Antonio, donde deberian encontrarse las tropas de Santa Ana, ó de sostener un choque de frente contra las columnas americanas, sobre cuya retaguardia ó derecha podía el general en jefe mexicano destruir las filas enemigas, rechazando al ejército del general Scott.





General Valencia.

Croquis de la batalla de Ladizera promovida á los Americanos el 19 y 20 de Agosto de 1847.

